

Bailando en los abismos: la vida en común en la era digital avanzada

De Enrique Del Percio

Por Ezequiel Pinacchio

Bailando en los abismos: la vida en común en la era digital avanzada, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Fundación CICCUS; Beccar, Poliedro Editorial de la Universidad de San Isidro, 2025.



Bailar en los abismos, organizar la esperanza

Ezequiel Pinacchio (UNIPE/LIMES/CLADE)

Es sólo la fe del hijo la que puede hacer crecer el deseo del hijo.

Massimo Recalcati

amor, no llores, veo luz en tus males.

Milo J

baile.balcón.abismo

En su último libro, Enrique Del Percio despliega una serie de preguntas, conceptos y reflexiones que viene elaborando y compartiendo hace tiempo, en diferentes grupos y foros, movido por un deseo intenso, constante: organizar la esperanza. A lo largo de un prólogo y nueve artículos publicados en los últimos cinco años, indaga en las transformaciones de algunas instituciones fundamentales de la vida en común, como son la familia, la escuela, el derecho y el Estado. En cada caso, ofrece un diagnóstico que intenta llegar hasta la raíz de los problemas, a la vez que sugiere propuestas para tratar de afrontarlos. De este modo, mientras gran parte de nuestra intelectualidad se encuentra parada, e incluso paralizada, frente a “la grieta”, Del Percio piensa y escribe *Bailando en los abismos*. “Como acontece siempre que un sistema de ideas y creencias se derrumba, cuando el piso que creíamos firme desaparece bajo nuestros pies, descubrimos que estamos bailando en los abismos.” (11)¹. No se trata, entonces, de bailar en los balcones, contemplando *desde arriba* cómo la esperanza se dispersa hasta convertirse en pasión triste, en impaciente espera. Se trata, en cambio, de hundir los pies hasta el fondo de esta mutación histórico-epocal que nos ha tocado en suerte. De aquí, por cierto, la inquietante imagen elegida para ilustrar la tapa del libro.² La obra de Emanuel Büchel, en la que el loco y la muerte bailan tomados de la

¹ Los números de página referidos se corresponden con la versión impresa del libro.

² Emanuel Büchel (1705-1775), incursiona en el tópico de la “Danza macabra”, con sus copias de las pinturas de Niklaus Manuel (1484-1530), ubicadas en el cementerio del convento de dominicos de Kleinbasel, en Suiza.

mano, convoca analogías con otro drástico cambio epocal, del cual tal vez aún haya bastante que aprender: la larga y compleja agonía de la “baja edad media”. Pestes, guerras, debilitamiento de las autoridades, cuestionamiento radical de las instituciones que regulan la vida en común, etc.

En suma, tiempos de bailar con la más fea.

contrato.dron.familia

En una de las hipótesis centrales de su argumento, Del Percio sostiene que es precisamente lo que la modernidad “inventó” para salir de aquella crisis lo que se ha agotado. En efecto, el contrato social, aquél “mito fundante del derecho occidental moderno” (141), ha perdido su capacidad de contener y proyectar vida en común. Y esto, que no necesariamente es una mala nueva, habida cuenta del sistema de exclusiones y subordinaciones consagrado a través de dicho contrato (realizado, ante todo, entre varones burgueses y blancos), nos obliga a “pensarlo todo de nuevo” (7).

Sin embargo, no alcanza con señalar este agotamiento para construir un diagnóstico adecuado. Entre otras razones, porque esta no es la primera vez que el contrato, “la creencia más relevante para la modernidad occidental” (144), ha entrado en crisis. Otro momento pródigo en analogías lo encontramos, hace aproximadamente un siglo. También entonces, en el viejo mundo, crujieron, en muchos casos hasta romperse, los cimientos mismos de la vida en común. “En aquella Europa entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, todo estaba en cuestión y, a la vez, todo parecía posible: tan factible podía ser establecer un régimen parlamentario, como uno nazi o comunista e, incluso, acabar con todo lo establecido y gestionar anárquicamente la vida en común.” (98).

Para no quedar atrapados en la ilusión de estar atrapados en una absoluta novedad, tan singular como incomparable, es preciso contar con un marco analítico amplio, que permita ganar distancia y asumir una perspectiva.³ Es a

³ Un libro que podría dialogar (y por momentos discutir) muy productivamente con las hipótesis del libro aquí comentado es el que hace unos pocos meses publicó Alexandre Roig. En uno de los tantos pasajes convergentes con la perspectiva de Del Percio, el sociólogo afirma: “Prestar

tal fin que sirven, a nuestro ver, las diversas puntuaciones históricas, culturales, tecnológicas, etc., que ofrece el libro; pues, con ellas, el autor se propone dar cuenta un proceso histórico no lineal, ni unívoco, con capas superpuestas, en que lo nuevo y lo viejo se cruzan, se hibridan y alteran mutuamente.

Entre estos hitos destaca un “período axial”, ubicado entre 1976 y 1989, en el que se gesta la desarticulación de los modos de producción hasta entonces dominantes con sus correlativas mutaciones en los modos de vida. De una sociedad organizada en torno a la guerra y la producción se pasa a otra, la nuestra, que orbita en torno al consumo (19-21). El ejército y la fábrica, lugares emblemáticos de aquella “sociedad de masas”, demandaban familias numerosas en la que se formen sujetos con esquemas de convivencia en los cuales la obediencia, el esfuerzo, la organización y la solidaridad operaban como valores concretos, inscritos en la práctica cotidiana. La rígida asignación de roles y tareas para cada uno de los “miembros” de la familia constituía un mecanismo de subjetivación a partir de cual se trazaba un círculo (virtuoso o vicioso, según cómo se mire) que iba de la casa al trabajo y del trabajo a la casa. El padre, el capataz y el sargento funcionaban como equivalentes en estos diferentes ámbitos: la familia, la fábrica y el ejército. El resto de las instituciones sociales, como el club de barrio, el sindicato y la escuela, suponían al mismo tiempo que reforzaban estos mismos principios y valores.

Pero, guste o no, ese mundo se agotó, alterando desde la raíz las relaciones entre sujetos, prácticas, instituciones, imaginarios y saberes. “Para decirlo en forma sintética, aunque no del todo correcta: los drones van reemplazando a los soldados, y los programas informáticos a los operarios.” (22). La irrupción, el despliegue y la probable consolidación de lo que el autor denomina “Era

demasiada atención a las personas y a su poder nos lleva a diagnósticos erróneos. Es una focal limitada. Miramos la realidad demasiado de cerca. Armar un diagnóstico no tiene que ver sola ni principalmente con las cosas que se hicieron bien o mal y las personas que lo hicieron bien o mal. Hace falta tomar distancia, salir de las peleas personales y pensar los procesos de más larga duración en los cuales estamos involucrados, el flujo histórico en el que estamos inscriptos y ver cómo nos fueron encadenando olas históricas a la roca de nuestra falta de creatividad.” Roig, A. *Algo no encaja acá, Sobre los monstruos de la sociedad presente*, Rosario: Facultad Libre y LIMES, 2025. pp. 85-86.

digital avanzada” ofrecen la clave y marcan el ritmo del baile macabro en que andamos metidos.

otro.hijo.único.

¿Cómo pensar las instituciones, el derecho y el Estado, *después* del Contrato social? ¿Cómo construir vida en común *en* la Era digital avanzada? Estas no son, por cierto, preguntas fáciles de responder. Ante todo, porque si se parte de asumir que estamos *bailando en los abismos*, las respuestas no podrán ser más que esbozos, hipótesis precarias, provisorias. Del Percio sabe bien que no se puede convocar el severo apotegma de la crisis radical para despacharse luego con una serie de soluciones evidentes, infalibles y de rápida aplicación. Por eso, en general, sus propuestas tienen la textura de lo posible, la consistencia del *quizá*. Habla, por caso, de “...la posibilidad de pensar en un Estado no patriarcal” (60); sugiere, además, que “pareciera que comienza a abrirse camino esa concepción del poder público orientado al cuidado de las gentes y de la casa común...” (50); afirma, en otra parte, que ante la retirada del padre tal como lo conocíamos, “... quizá estemos presenciando un deseo inconsciente de tener un padre, pero un padre que sea capaz de materner.” (26). Pero en ningún momento el autor afirma que ya tenemos, ni tampoco asegura que vayamos a tener un Estado no patriarcal, abocado al cuidado de lo común, ni padres que sepan materner...

Cada propuesta es, ante todo, una *apuesta*.

Antes de retomar el argumento y darle curso, es preciso dejar claro que el pasaje de un sistema organizado en función de la producción a otro ordenado en torno al consumo no se produce al modo de un salto cuántico, es decir, no implica un cambio total e instantáneo de un paisaje a otro completamente diferente. O mejor dicho, existen estratos y grupos de la sociedad en los cuales la discontinuidad es evidente, mientras que hay otros en los cuales los cambios ocurren tan lentamente, que nada parece moverse. La realidad se trama con hilos diversos, no sólo en sus colores, sino en su extensión, grosor, elasticidad y torsión.

Según Del Percio, el cambio más drástico se verifica en el ámbito familiar. En efecto, el sistema actual “requiere que se tengan menos hijos, pues no solamente no se sabe qué hacer con tanta gente que no encontrará empleo, sino que una familia numerosa no va a gastar mucho dinero en consumo de bienes o servicios de mucho valor agregado (...)” (23). Debido a ello, proliferan hogares en los que hay hasta dos ingresos pero, o bien no hay niños, o bien a lo sumo hay uno. “De este modo, el hijo que nace es hijo único, sobrino único, nieto único. No tiene hermanos con quien disputar ni con quien ser solidario... Toda la familia gira, pues, en torno al niño, que crece siendo el centro del universo...”. Y así “... es cómo se va conformando la llamada *generación de cristal*, caracterizada por la hipersensibilidad y por la dificultad para lidiar con la frustración.” (23).

“Esta es la realidad con la que tenemos que trabajar.” (23).

Reformulemos nuestras preguntas, entonces: ¿Cómo pensar las instituciones, el derecho y el Estado, *después* del Contrato social, con las nuevas generaciones? ¿Cómo construir vida en común y cómo hacer comunidad en la Era digital avanzada, junto a la “generación de cristal”?

hermano.esperanza.realidad.

El “método” propuesto para acompañar estas posibilidades, es el realismo político en la modalidad que Del Percio lo viene elaborando hace ya tiempo: la fraternidad. Clave de lectura ecumémica que abre tantas posibilidades de diálogo como malos entendidos. De aquí que el autor se vea obligado a realizar sucesivas aclaraciones. Para empezar, quiere dejar claro que “fraternidad” no es una maniobra verbal para persuadirnos de que somos todos partes de una gran familia, la humanidad, e hijos de un mismo padre, Dios, y de una misma madre, acaso la Iglesia. En rigor, la figura que mejor describe el modo en que funciona el término es la catacresis (42). Esto significa que decimos “fraternidad” porque, a falta de un término más adecuado, esta metáfora permite vislumbrar un tipo de relación social, a la vez horizontal y conflictiva, que resulta, no obstante, enmarcada en una copertenencia que le pone límites y otorga sentido al conflicto.

El segundo malentendido que busca disipar refiere a la interpretación “ética”, o si se quiere “moralista”, que suele imaginar la “condición fraterna” como sinónimo de una presunta condición de concordia y armonía, en la cual todo conflicto humano quedaría excluido, o entendido como pasajero y circunstancial. Pero es justamente esto lo que no quiere decir Del Percio. Como queda claro en sucesivos pasajes, la elección del término no conlleva la pretensión de excluir el conflicto del pensamiento político, sino todo lo contrario. “La fraternidad no es un sentimiento ni tampoco un valor ingenuo, sino que es el realismo más crudo aplicado a la política...” (32). Más aún: “...la fraternidad nos dice que no tiene sentido pensar una sociedad sin conflicto, porque el conflicto está siempre presente (...).” (112).

Esto es algo que el autor repite, pacientemente, desde hace ya más de 10 años⁴, y sin embargo el malentendido persiste. Se trata de una confusión similar a la que lleva a homologar, sin más, la esperanza y el optimismo.

Ahora bien, si en política es posible asumir un “realismo esperanzado”, no tiene mucho sentido hablar de un “realismo optimista”. Dada su propia condición, el optimista adopta una posición pasiva frente a la realidad, a la cual sobreentiende como algo ya dado, con un sentido positivo. Su contracara, el pesimista, parte del mismo supuesto sobre la realidad, sólo que asume que tiene un valor negativo. El optimismo y el pesimismo son figuras de la espera, no de la esperanza. Porque la esperanza convoca la acción, en la justa medida en que supone que la realidad no es algo completamente dado, con un sentido prefijado, sino algo en parte disponible, maleable.

Tiene sentido, entonces, disputar su sentido.

escote.sujeto.sustancia.

Una peculiaridad de la escritura de Del Percio es su facilidad para moverse entre registros dispares. Por momentos, el lector encuentra apreciaciones sobre cuestiones aparentemente menores, como aquella en la cual se ilustra la

⁴ Del Percio, E., *Ineludible fraternidad. Conflicto, poder y deseo*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CICCUS, 2014.

transformación del lugar de la mujer en la sociedad contemporánea a partir del desvío de la mirada, que abandona el escote para alojarse en la minifalda. Este cambio de hábitos funge como signo de una atención social que se desplaza desde el símbolo de la maternidad por excelencia, la teta, hacia las piernas como sinécdoque de una mujer diligente, liberada, que sale de su casa y hace su propio camino (25).

Pero esta “sociología del detalle”, que describe e interpreta la superficie de los procesos sociales, convive con elucubraciones de orden metafísico. Por eso, lejos de detener su análisis en el nivel del desfase entre las condiciones de vida y las instituciones, Del Percio exhibe la conmoción implicada en procesos sociales cruciales, como la Revolución francesa y la Revolución industrial (92), entre otros. Es decir, muestra cómo las certezas que ordenan la comprensión del mundo van cediendo paso, primero a la duda (sujeto moderno) y luego a la sospecha (sujeto posmoderno), configurando así el paisaje de una “cultura étnica blanca” (90), agobiada por sus aciertos y errores, desorientada en medio de tantos triunfos, derrotas y fracasos.

Pero esto no es todo. Pues el autor también permite comprender que ese paisaje es y no es nuestro paisaje, hace y no hace a nuestra historia, y, en consecuencia, marca y no marca a fuego nuestras posibilidades como latinoamericanos. Por eso, si bien no se trata de desechar por eurocéntricos todos los aportes de la filosofía étnica blanca, “pues eso sería como tirar al bebé con el agua sucia...” (97); es preciso apropiarse de este legado, o sea, es preciso hacer propio y hacer apropiado “lo que pueda rescatarse de cada tradición intelectual.” (97).

Sobre esta premisa, en uno de los pasajes más osados del libro, Del Percio se permite volver sobre ideas de Franz Rosensweig, Juan Carlos Scannone, Martin Heidegger, Enrique Dussel, Simone Weil y Rodolfo Kusch, para ofrecer el sugerente esbozo de una “metafísica de la estancia”, en torno a la cual sería posible seguir pensando ciertas figuras de lo común y la comunidad como son el Pueblo, la Nación y el Estado (103). Así, equidistante de las propuestas “pre-modernas”, que tienden a cristalizar estas nociones en modalidades de existencia presuntamente inalterables, traicionadas por “la modernidad”, y de

las “pos-modernas”, que tienden a disolver cualquier vigencia de las mismas por considerarlas ya caducas, como a la misma “modernidad”, el autor retoma y relanza con mano propia el concepto de “transmodernidad”, para ofrecer una tercera posición desde la cual sea posible apreciar cómo estos conceptos claves de la modernidad pueden conversar productivamente con los tiempos actuales, *después del Contrato social y en la Era digital avanzada*.

El ejercicio de irreverente apropiación del *canon* encuentra otro de sus puntos álgidos en la aceptación y posterior corrección del criterio de *lo político* schmittiano, una vez pasado por el tamiz de la fraternidad (69-76). Sin negar el carácter constitutivamente polémico de los conceptos políticos, ni desconocer el carácter ineludiblemente conflictivo de la vida en común, Del Percio propone pensar que *lo político* es aquello que se realiza *entre* los extremos de la amistad y la enemistad, o sea, al interior de una variedad de figuras como la del adversario, el opositor, el compañero, el aliado, etc., figuras que si bien se aproximan tendencialmente hacia las del amigo y del enemigo, no deben ser confundidas con ellas.

Con esta interpretación, muy discutible sin dudas, el autor ofrece una clave con la cual conjurar la asimilación entre guerra y política de la cual alardean, acaso sin saberlo ni quererlo, tantos cultores de la llamada “antropología negativa”; los cuales, dada la empecinada parcialidad de su descripción de la “naturaleza humana”, parecen más bien alentar una *negativa de la antropología* en tanto que ciencia social y humana. Del Percio, en cambio, hace ya tiempo, ha asumido como inevitable la necesidad de indisciplinar el pensamiento, convocando los cruces entre filosofía política, teología, ciencias sociales y saberes que surgen de la misma gestión de la vida en común, en los territorios, si es que se quiere comprender y transformar la realidad, a contramano de las injusticias.⁵

⁵ Uno de los espacios en los cuales Del Percio viene realizando una reflexión colectiva en torno a estos tópicos son los *Cuadernos del CLADE*. En la presentación de cada número, “¿Por qué el CLADE?”, el lector encontrará una elocuente justificación de la necesidad del cruce entre disciplinas y más allá de las disciplinas para repensar el Estado y el Derecho en Latinoamérica. Disponible en <https://usi.edu.ar/publicaciones/cuadernos-del-clade/>

cristal.algoritmo.cuidado

¿Quiénes son los destinatarios de este argumento enfocado en revisar las condiciones de vida actuales como requisito para proponer y construir instituciones que sostengan y proyecten lo común? O, dicho de otro modo: ¿A quiénes invita Del Percio a sacudir el esqueleto, a formar parte de esta *danza macabra*, con el fin de organizar la esperanza? Para dar una respuesta a estas preguntas, es preciso volver sobre un pasaje ya citado. “Como acontece siempre que un sistema de ideas y creencias se derrumba, cuando el piso que creíamos firme desaparece bajo nuestros pies, descubrimos que estamos bailando en los abismos.”.

¿Quiénes son los que portaban ese sistema de ideas y creencias que se ha derrumbado? ¿Quiénes se apoyaban firmemente en ese piso? Tampoco esta respuesta es sencilla, pero de algo podemos estar seguros: no son los jóvenes de la “generación de cristal”. Por eso, aunque sea evidente, casi banal, no está de más aceptar que no podemos pretender que las nuevas generaciones tengan una experiencia de los tiempos que nos han tocado en suerte como si de un baile en los abismos se tratase.

O en todo caso, serán otros bailes y otros abismos. Los suyos.

En este sentido, entendemos que el libro que ahora comentamos no es un libro *para* los jóvenes ni tampoco *sobre* los jóvenes. Es más bien un libro en el que se buscan las condiciones para que los mayores podamos llevar a cabo un diálogo fecundo con las nuevas generaciones, cuando estas así lo quieran. Así, a distancia de la inversión unilateral que ha llevado a muchos, en muy poco tiempo, a pasar de las loas a la “juventud maravillosa”, a la cual no hay nada que explicar porque ya lo sabe todo, al desesperado lamento por la supuesta constatación de una “juventud perdida”, a la que no tiene sentido hablarle porque no entiende nada; Del Percio realiza un gesto diferente, preparatorio y de genuina apertura. Pues lo primero que se debe resguardar para entablar una relación real, ni fantasiosa ni fantasiada, es la singularidad de los términos en cuestión, es decir, la amorosa distancia que le otorga sentido a cualquier potencial acercamiento.

Esto es lo que ha dicho Massimo Recalcatti, a su modo, en ese pequeño gran libro que es *El secreto del hijo*, en el que indaga un posible camino para repensar la relación entre padres e hijos que no pase por el complejo de Edipo. A contramano de la cultura del diálogo y la empatía, tan bien reputadas en la “sociedad hipermoderna”, el psicoanalista italiano afirma: “El amor no es empático, no está fundado en la comprensión recíproca, en compartir, sino que es respeto por el secreto absoluto del Otro, por su soledad: el amor se basa en la lejanía de la diferencia, en lo que no puede compartirse, en la realidad inasimilable del Dos.”⁶.

Es preciso entonces, ante todo, encontrar el lugar propio, que si ya no puede ser el del padre tradicional, tal vez sea el de un tipo de padre diferente, mucho más amoroso y menos distante por cierto, pero padre al fin.

Cuando Del Percio pasa revista a las convicciones pasadas que fue dejando de lado, a las nuevas preguntas que viene formulando, a las posibles respuestas que poco a poco va encontrando (7, 21-22, 65-66, etc.), no está sino determinando un lugar desde el cual se ofrece una experiencia en pleno despliegue, pero ya madura: su propia experiencia, que es también, en varios sentidos, la de toda una generación.

En tiempos en los cuales los algoritmos parecen organizarlo todo, cuando las palabras y las imágenes que ordenan nuestra comprensión del mundo aparecen ya dispuestas ante nosotros confirmando sesgos y conformando egos, resulta indispensable volver a preguntarnos por la vida en común. Y es precisamente en este punto que las comparaciones parecen agotar su eficacia, o al menos mostrar con mayor claridad sus límites (que son también los nuestros). Para empezar, urge abandonar la remanida pretensión de suponer que estamos frente a una situación esencialmente idéntica a la que atravesaron nuestros antepasados con cada una de las innovaciones técnicas y/o tecnológicas más o menos significativas. El fuego, la rueda, el martillo, la tele, el celular... todo lo mismo. Y sin embargo, como explica Del Percio, una cosa es la herramienta, otra la máquina y otra muy distinta el sistema. Cada una de

⁶ Massimo Recalcatti, *El secreto del hijo*, Barcelona: Anagrama, 2020, p. 17.

estas posibilidades que los humanos han creado para transformar el mundo repercute en sus modos de vida y por tanto en las sociedades y comunidades que pueden constituir. “Cuando la herramienta es la tecnología dominante, la comunidad premoderna, hostil a lo extraño, es la forma de vida en común hegemónica; cuando la tecnología dominante es la máquina, la forma hegemónica de vida en común es la sociedad moderna; pero cuando nos hallamos inmersos en el sistema, se abren dos caminos posibles: o los algoritmos colonizan las inteligencias y voluntades de la especie humana tornándola prescindible o, quizá, la conciencia de estar interconectados nos lleve a descubrir que nadie se salva solo...” (13)⁷.

Estamos inmersos en el sistema y frente a un dilema profundo, por cierto.

Es en este vertiginoso marco que Del Percio echa mano a una etimología poco usual del *munus*, con el fin de habilitar un sentido posible para la vida en común. Y un poco como quien tiente la suerte, escribe y describe: “Una comunidad de vida transmoderna, que se diferencia radicalmente de la comunidad premoderna, en que esta es una comunidad excluyente, mientras que la transmoderna es una comunidad en la cual se integran todos los pueblos, los vivientes, la Casa Común, ya que lo importante de este concepto radica en aquél tesoro escondido en su etimología: *com-munus*, no tanto en el *com* de lo común, de lo compartido, sino en el *munus*, en el cuidado” (108).

El cuidado (*munus*) se erige, de este modo, como una consigna potente y anclada, o más bien potente por estar anclada, en los discursos y en las prácticas, y con capacidad real y efectiva de convocar viejas y nuevas generaciones. De oficiar, así, como un posible punto de encuentro.

⁷ Entre los libros que permiten profundizar el sentido de la mutación epocal que en del Percio denomina “Era digital avanzada”, mencionamos *El fin de la escritura*, escrito por Fernando Peirone. Entre los varios pasajes que tensan, y así desafían, los más habituales argumentos en torno a lo común en la actualidad, destacamos el siguiente: “Las nuevas formas del conocimiento discontinúan la mediación interpretativa del sistema-logos. Bajo la perspectiva logocéntrica, por ejemplo, se sostiene que lo común transita un proceso de fragmentación social con una fuerte pérdida de sentido. Mientras que desde la perspectiva cognoscitiva emergente lo común es interpretado como un archipiélago de fenómenos interconectados a través de una trama que mantiene relacionados -y potencialmente asociadas- a todas las partes de ese entramado.”, Fernando Peirone, *El fin de la escritura. Efectos políticos y culturales de la sociedad poslogos*, Ciudad autónoma de Buenos Aires: FCE, 2024, p. 207.

Está claro que el panorama no es alentador. Clarísimo. “Desde la pérdida de capacidades cognitivas derivadas de la ineptitud para escribir a mano (fundamental para estimular la actividad cerebral), o la dificultad para entender un texto complejo por parte de gente que accede a las aulas universitarias, hasta la imposibilidad de decidir nada en forma personal por haber dejado las decisiones cotidianas en manos de los algoritmos, las nuevas tecnologías nos ponen frente a la posibilidad de realización de las más tenebrosas distopías. Un estudio riguroso de estas implicancias deja poco lugar para el optimismo.” (12).

Pero, una vez más, aquí no se trata de ser optimistas (esto no es *una cuestión de actitud*). De lo que se trata es, en verdad, “de organizar la esperanza, la esperanza radical que brota de la profunda convicción de que nadie se realiza sino es en una comunidad que se realiza” (48).

Por las preguntas que abre y que no cierra, por los conceptos que retoma y que relanza, y por las reflexiones que realiza y que nos incita a realizar, *Bailando en los abismos* significa una valiosa contribución para avanzar en este sentido.